



Giros y correspondencias  
a nombre de  
**CARLOS ARMELLINI**

## Saber juzgar ajenas ideas

La mayor cualidad que puede tener un hombre libre, es juzgar sin pasión las ideas ajenas, los distintos modos de apreciar los hechos presentes y vislumbrar los futuros. Quienes se apartan de este criterio sensato y racional, marchando por el camino estrecho del exclusivismo y la intolerancia, cometen un delito grave, atentando contra lo que informa el fondo de nuestras convicciones: la libertad. Y decimos esto, porque no es lógico, ni es justo, que neguemos cualidades progresivas a las ideas que ya no compartimos, basados en que hemos evolucionado y ya no sentimos ni pensamos como anteriormente. Los hombres, se escalonan en cierto orden en planos superpuestos, y el espíritu pasa por fases evolutivas sucesivas en cierto modo ordenadas y metódicas. El condenar en absoluto disposiciones mentales; modos de sentir y de pensar en determinada forma, llevados del buen deseo de que todos acepten nuestras verdades como las únicas dignas, las únicas justas, las más avanzadas, puede ser una práctica contradictoria con el deseo de libertad y el propósito de justicia que decimos sustentar. Los hombres, piensan y sienten según el punto evolutivo a que han llegado, según las etapas de desarrollo de un proceso de pensamiento. Y en el fondo, ahondando en la psicología, quizá todas las disposiciones espirituales, aun aquellas de arquitectura elemental, aportan su concurrencia al progreso del mundo, cumpliendo su rol de actividad, como resistencia o propulsión.

Este exordio, viene a cuento, por las afirmaciones y negaciones con tendencia exclusivista que se han desarrollado en colaboraciones aparecidas en EL HOMBRE. Unos, han puesto tan altas e intangibles a sus ideas, han cerrado tanto el círculo de sus certezas, que no dejan lugar a los puntos intermedios, a las útiles cuanto necesarias medianías; otros, en cambio, han criticado tanto las fases evolutivas del pensamiento, tanto han condenado las actividades realizadas por el progreso de las ideas, que, en verdad, parecieran: ver trabajándose los atributos concretos de un nuevo dogmatismo. No podemos creer, que las afirmaciones apriorísticas, nos lleven a lugar provechoso; opinamos en esto, lo contrario de muchos, que jamás razonan sobre verdades experimentales, y sí, sobre el movedizo mar de las abstracciones e ideaciones que revelan del trabajo demostrativo.

Si ha fracasado la Internacional, por ejemplo, ello, no fué por culpa de su forma de organización, y sí, más bien, por deficiencia de sus ideas propulsoras.

Esto, para aquellos que opinan que la Internacional fracasó.

Fracasó o no fracasó, pudiera decirse igualmente, según el punto, como hemos ya dicho, en que nos situemos para juzgar.

Para un hombre realmente libertario, con criterio científico, la Internacional cumplió un rol propulsivo admirable, de cierta relatividad extensiva solamente. Fué el esfuerzo innovador de un momento de la historia de algunos pueblos y dió lo que podía dar, dados los elementos componentes y aquellos otros que le ofrecían resistencia. Nadie podrá decir con certeza que, si mañana se constituyera otra Internacional, habría necesariamente de desenvolverse del mismo modo y apuntar iguales deficiencias que anteriormente.

Nadie podrá afirmar que las circunstancias del medio y los factores sean iguales ayer y hoy, y esto revela que los hechos no pueden resultar idénticos;

por lo tanto, los procesos críticos que lleven a la negación de virtualismo a una forma determinada de actividad, están en error. Ahora bien, si en la apreciación de la Internacional, llévase el concepto finalista o de consecuciones definitivas, puede decirse que la Internacional ha fracasado.

Ello, lo ve el más elemental de los espíritus. Juzgando la Internacional con arreglo al propósito de un trascendental y brusco cambio de régimen, al no llegar a obtener tal propósito, pueden considerarlo sus propiciadores un fracaso; pero jamás el hombre libre. Y si los partidarios de la Internacional del mañana, siguieran creyendo en la capacidad finalista de tal organización, podemos entonces titularlos profetas y decirles que se anotarán otro fracaso más; pero si en lugar de eso, lo que se procura es dar algunos pasos hacia adelante —cuantos más mejor— la internacional es cosa útil, algo que fué y será posible, algo que cumplirá, en relación con los factores que lo determinen, en más o en menos, acción de progreso. Así, pues, quienes pueden calificar el fracaso de la Internacional, son los mismos finalistas; pero un hombre libre jamás podrá hacerlo, desde que no existen para él, los finalismos ni las transformaciones radicales y repentinas, y sí, más bien, una acción continuada, cuya intensidad, en primer término, está regulada por la voluntad de los elementos de progreso, por la facultad superadora que se llama: *querer*.

## Nota de la semana

### EL CULTIVO DEL CRIMEN

Nos extraña que haya periodistas torpes que pongan el grito en el séptimo cielo, cuando algún milico comete crímenes horrendos, como martirizar y estropear pequeñuelos.

El cuartel da frutos de insensibilidad y miseria moral, anulando todas las fibras que pudieran vibrar en un sentido realmente humano. Días pasados se hizo público que un soldado había matado a golpes a una pequeña criatura, habiendo sido encubridora de tal acto la misma madre de la infeliz víctima del salvajismo. A nosotros, no nos puede causar extrañeza una actitud semejante, un crimen tan horrendo, estando convencidos de los frutos que puede dar la moral cuartelera.

No hace muchos días aún, presenciámos un espectáculo doloroso en la puerta del cuartel existente en Sierra y Hocquart, donde cuatro o cinco oficiales rodeaban a una chicuela de aspecto humilde, haciéndola objeto de proposiciones lúbricas, como se deducía por el aspecto azorado y confuso de la infeliz pequeña. Son varias las ocasiones que, ante crímenes horribles cometidos por militares, no hemos extremado la crítica de los mismos, por estar convencidos de que son naturales consecuencias de una vida ruin, como es la vida cuartelera, que malea todo lo digno que un hombre puede tener: carácter, independencia, responsabilidad.

El cuartel es la escuela del crimen, el deformador del hombre, la fábrica de la bestialidad, el antro de la lujuria. Allí florece el vicio en sus más abyectas manifestaciones, reproduciéndose las escenas antinaturales bien descritas en el «Satiricón». Es el único lugar, de que puede decirse que no produce una sola cualidad enaltecedora, una sola condición de humanidad.

El cuartel, es un antro poblado por fieras, que irónicamente muchos llaman héroes.

## Boycot a "La Tribuna Popular"

vergüenza del periodismo uruguayo. Hombres conscientes, no la compréis.

## El país de la miseria

### LECCIÓN DOLOROSA

Caen pequeños y grandes. Caen dolorosamente, mordidos por la necesidad, trabajados por una miseria ruin y vengativa. ¡La vida!... la vida no significa siempre un placer, un goce, una satisfacción. La vida, vístese de negro, y corta en la sensibilidad una herida que se ahonda hasta el suicidio.

Dramas ignorados que se desarrollan todos los días. Dramas cuyo principal factor es la miseria que asola las chozas de las campiñas y las casas de los poblados, la terrible e insultante miseria, fea como el delito! ¡Oh, la miseria!... ¡Cuántas jóvenes van a prostituirse empujadas por su mano maligna! ¡Cuántos hogares deshechos, cuántas existencias torcidas, cuántas tragedias silenciosas, cuántos suicidios lentos, trabajados por el alcohol en las alegres pulperías camperas o en el lujoso café de las ciudades! ¡Oh, la miseria!... ¡Qué angustia se apodera del alma al contemplar en las mañanas frías de este invierno a pequeñuelos descalzos, imaginando después, que, por lo menos, estos, se mueven y viven, mientras centenares se mueren por falta de alimento!... ¡¡de hambre!! En tanto, se dicen discursos llenos de buenas palabras, de mejores deseos, con anhelos santos; pero el hambre mata, la miseria prosituye, degenera, malea y hace del hombre un bestia.

Ya pueden los políticos blasonar de que su país es el mejor de América, de amplia cultura, de progresos, de grandezas, de ideas nobilísimas, de todo lo que quieran; pero mientras la miseria recorre triunfante campiñas y poblados trabajando la degeneración de sus habitantes, no se podrá hablar de progreso nacional ni de patria, ni de otras tantas pobres cosas con que se llenan la boca los que están arriba en el paraíso, los que empobrecen al país con su parasitismo criminal.

¡Oh, la miseria!... miseria tristísima; pauperismo de salud y de ideas entre gentes demasiado honradas!...

## La crítica del anarquismo

Abrir puertas. Abrirlas de par en par, para que entre el sol, para que haya luz y aire, y ventile y renueve el medio.

El anarquismo no puede continuar cerrado a la crítica. Como una habitación que hace tiempo se halla cerrada, hay que abrirla puertas y ventanas, para que el sol y el aire, cumplan su rol purificante y renovador.

Luz y aire, crítica sana de hombres libres, de hombres no afectos a tendencias, a partidismos, a exclusividades. Eso queremos, eso anhelamos para el anarquismo, para las ideas nuevas que amamos mucho, que las queremos cada vez mejores, más brillantes, más serenas, más racionales y conscientes.

Ideas de belleza — tal son ellas — merecen la crítica del bueno que las anhela aún mejores. Abramos, pues, las puertas y ventanas a la crítica del anarquismo, y trabajemos serenos y tranquilos por su progresiva ascensión a planos cada vez más elevados.

El anarquismo que fué: fué; — ya estaba dicho — lo que importa es vivir el nuestro, haciéndolo mejor. De nuestro anarquismo, dirán también los hijos: *¡fué!*; y lo que fué, ya no será igual: no debe ser igual.

El anarquismo no teme la crítica de los hombres, ni el fanatismo, ni los intereses armados de los enemigos de la libertad. El anarquismo se presenta en el medio sin temores pueriles a que se les juzgue mal y comprenda peor. El nombre de anarquismo, nada representa de tal, si lo que se ha llamado así, no significa un ejercicio de libertad y de auto gobierno.

No queremos un anarquismo a modo de ciencia hermética, cual nuevo dogmatismo que no se pueda someter sin peligro a proceso crítico. No queremos ideas, que hayan de tener como cualidad previa, una forzada conformidad de miras.

Libertad, libertad queremos, para pensar, para innovar, para hacer obra que signifique progreso, que signifique bien.

El temor al confusiónismo, sólo puede existir en los campos cerrados al examen; donde se niega la crítica; donde se impone doctrina; donde se elabora el dogma; pero en el anarquismo, hay amplitud de infinito, derecho de análisis y crítica, libertad de pensamiento.

Que se guarden mucho, quienes pretendan legislar las ideas, cerrar el anarquismo a la crítica... Pues, quienes tal cosa pretendieran, serían enemigos de la libertad, enemigos de la anarquía, determinados quizá por un amor excesivo o fanatismo por la anarquía misma.

## Ya lo hemos dicho

Lloyd George, esa figura sobre la que todo el mundo pone sus miradas de admiración, después de decir que «el gobierno es el representante del pueblo», dice que: «La Cámara debe saber que el gobierno tiene una sola intención: la de ganar la guerra.»

De lo que se desprende que quien tiene esa intención, es el gobierno y no el pueblo, demostrando así que a éste le es impuesto por aquél, el concurso a la continuación de la gran carnicería que asola hoy los campos de Europa, y con su sacrificio, estéril para el progreso del mundo, el triunfo de las ambiciones de los entronizados.

Nuestras afirmaciones de que todo pacto entre el proletariado y la burguesía, es nulo para ésta, en los casos de necesidad, y deprimente para aquél en todos los momentos, vense corroboradas por las palabras del Ministro de la Guerra inglés.

Mientras no se convenzan los trabajadores de que su acción no está al lado de sus opresores, sino junto a sus hermanos de dolor, la burguesía se afirmará cada vez más en su trono de explotación, engañando con fórmulas gubernativas que ningún bien real le traen, que no le conducen a ningún mayor bienestar.



de patrimonio, la posesión indiscutible del medio y sobre el medio por la ilógica razón de la fuerza, que es maldad y es felonía. De aquí nace la idea de propiedad. Hace siglos, pues, que la propiedad es.

Alguien define que la propiedad es un robo. Puede que lo sea. Pero sería necesario ponerse de acuerdo en lo que se ha de entender por robo. El que me desposee, por la fuerza, de un objeto que yo he creado, ese me roba, en efecto.

¿He creado, de verdad, el objeto del que hanme desposeído violentamente? ¿Lo he creado o lo he conquistado? ¿Cómo lo he creado? ¿cómo lo he conquistado? ¿Por aptitud o por la fuerza?

Si lo he creado yo al objeto, es mío, porque es mía la aptitud. He aquí la idea de propiedad. Soy propietario entonces de un objeto que he trabajado y he creado yo. Triunfa, en un avance efectivo, la inteligencia. Hay ya energía virtual en las cuerdas de la vida, sonoridad, armonías propias de una verdadera justicia moral. Y comienza a señalarse en la aurora social la idea de justicia.

Si por el contrario, le he conquistado por la fuerza, ya que no tengo aptitudes o habilidad para crearle ¿he cometido la acción de robo? así es. ¿Y el derecho a la vida?

Torrvalvo hubo de decir, tratando este tema, que si la propiedad es un robo poco importa como definición. Y agregaba: «Lo importante aquí es que el espíritu activo de los hombres, haga porque la propiedad deje de ser un robo.» Luego proseguía: «Si es un robo la propiedad, ateniéndonos al derecho a la vida que asiste a todos los seres, ateniéndonos también a ese mismo derecho y más aún, a un derecho vivido, la propiedad es y

ha sido. ¿Y por qué se pregunta, es y ha sido la propiedad? A esto sí que no llega la sociología».

En efecto, la sociología no llega a esto; y no llega dado que es muy poco, casi nada o nada del todo, lo que del hombre se preocupa en esta lucha; lucha que es el contenido energético, vital, de los desarrollos humanos.

La sociología relega a una doctrina la interpretación y la solución de la lucha; no al hombre, «al espíritu activo de los hombres» para que trabajen en su vida la conciencia de una aptitud y la inteligencia de una idea virtual, de progreso indefinido.

La sociología soluciona de inmediato los conflictos humanos, y es porque veo que los hombres se mueven dado que tienen hambre. Y de lo que menos le importa al hombre, en todas sus luchas, en sus contiendas, miles, es de su estómago. Otras, muy otras causas, son las que le llevan a luchar por la vida.

¿Triunfa en esta lucha que Torrvalvo la califica de «lucha vital», el más fuerte o el más apto? La sociología pretende contestar y os dice: el más fuerte.

Y, en cambio, la experiencia os dice: el más apto.

ARMANDO LARROSA.

### Lo que queremos sea el Anarquismo

Horas de torpeza... Tontas las horas perdidas por quienes no viven trabajando en la vida con herramientas vitalistas, actualistas, viviendo la hora.

Anarquismo faquirista, Anarquismo menguado que se va en palabras y en cabildos subalternos ante la vida

que reclama concursos, actividades, pensamientos, fuerzas.

Los pueblos han decaído cuando pensaron en la economía del esfuerzo. Civilizaciones, han alfombrado los caminos de polvo, son ceniza de los tiempos, por haber olvidado con el quietismo, el valor de la noble actividad. Si Grecia fué grande, sus hijos lo quisieron: fueron los más activos de su tiempo.

Persia es un ejemplo eterno. ¡Gloriosa India del Riz-veda! ¿Dónde, estás?...

Tus sacerdotes, tus legistas, han asesinado la actividad, le han proscripido, y, millares de años van transcurridos en tu abyección y delincuente yugo.

Reinos de Tiro y Babilonia, grandes civilizaciones de otros tiempos... ¿do estáis?... La tendencia al menor esfuerzo os ha llevado a la muerte y hoy sois polvo, triste polvo que empuja y lleva el viento por campos y ciudades.

¡Hombres libertarios!...

Si en verdad sois anarquistas, si queréis ser en la vida los artífices de una superioridad efectiva, no soñéis en vidas quietistas, en modos de convivencia social fundados en la procuración del economismo del esfuerzo.

Luchad por lo que estiméis bueno, francamente, noblemente, libremente, en la seguridad que una actividad así, producirá frutos óptimos en el progreso, en la grandeza, en la evolución humana.

Un anarquismo faquirista, no lo queremos.

Deseamos el anarquismo como actividad incesante, como energía fecundizadora, como fermento propulsivo de grandes y nobles acontecimientos sociales.

En las ideas, como en los hechos, no economizar la vida, no hacer balance del gasto, no llevar libro de caja con un Haber y un Debe.

Anarquismo energía, Anarquismo actividad libre, por y para los hombres libres, eso queremos, eso anhelamos.

JOSÉ TATO LORENZO.

### Balance del núm. 40 de EL HOMBRE

SALIDAS	
A la imprenta (1100 ejempl.)	\$ 18.00
Estampillas	» 0.70
Tren.	» 0.50
Kerosene	» 0.12
Déficit del núm. 39	» 25.56
Suma	\$ 42.68

ENTRADAS	
Por paquetes y venta de ejemplares	\$ 10.34
Suscripciones	» 8.00
Venta «Luz y Vida» (Cerro), número 40	» 1.90
«Labor y Ciencia», números 39, 40 y 41	» 4.10
Darriba	» 0.50
J. D.	» 0.30
Suma	\$ 25.14

RESUMEN	
Salidas	\$ 42.68
Entradas	» 25.14
Déficit que pasa al N.º 41.	\$ 17.54

R. P. López.—Recibimos \$ 2.00 suyos y 0.20 de Rú.  
M. P., Rivera.—Recibimos \$ 3.00.  
P. L., Florida.—Por intermedio de «La Batalla», recibimos \$ 0.50.  
«Estudios», Buenos Aires.—¿Recibieron nuestro giro?

### Moral Anarquista

Casi todos los escritores anarquistas que han solucionado el problema de la moral con un criterio libre de todo prejuicio tradicional, han confundido ordinariamente los principios básicos de la moral con las aplicaciones de ésta. De esta confusión se desprende un verdadero caos de ideas que hace imposible la formación de un criterio exacto sobre la cuestión, y proporciona a la finalidad de los actos humanos orientaciones que están fuera de toda moral.

Toda ciencia se divide en dos partes: una lleva por nombre ciencia pura, y la otra ciencia aplicada, abstracta y concreta; la primera división abraza los fundamentos, los principios solos, y la segunda comprende todas las determinaciones prácticas. Entre la primera división y la segunda, existe, además, una relación invisible mal entendida con frecuencia y olvidada muchas veces; esa relación es la orientación de los principios que han de tomar cuerpo vivo en la práctica. Buscando en la conducta humana la razón dinámica, el móvil de los actos, se ha encontrado el más puro egoísmo, el egoísmo base biológica y verdadera de la moral; y de esa razón dinámica, de ese principio vivo se ha deducido la siguiente máxima monstruosa e incomprensible: *haz lo que quieras y como quieras*. Esta regla que enamora a muchos libertarios orienta las aplicaciones de la moral egoísta, que es la moral verdadera, en un sentido muy poco libertario y sirve para justificar todas las cosas y también para dar razón a las escuelas escépticas y, por último, para detener en los individuos todo comienzo de perfección.

La confusión de los principios con sus aplicaciones y el olvido de la relación orientadora, engendran fórmulas como la citada, que, analizada en toda la extensión que abraza, resulta una fórmula que contiene, justificándolas y avalorándolas, todas las inferioridades, las torpezas de espíritu, las monstruosidades morales. Porque hay monstruosidades morales, y éstas son las acciones que están por debajo del nivel de la conciencia media de un siglo; y esta certidumbre y ese juicio de los actos humanos, nunca lo podríamos adquirir limitándonos a las posibilidades y justificaciones de la regla que hemos mencionado.

En primer término, la máxima *haz lo que quieras y como quieras* abona de modo admirable las razones del escepticismo que admite cualquier modo de

obrar; pues, el escepticismo no considera que pueda establecerse una jerarquía de valores y subordinaciones, y no cree que la verdad exista en un acto o en otro, siendo para él lo mismo obrar en cualquier sentido, hacer lo que se quiera y como se quiera. La máxima citada parece involucrar un elevado principio libertario; pero esto no es más que pura apariencia, pues lo que en verdad encierra esa máxima, es la más franca arbitrariedad. El que haga lo que quiera y como quiera sin adaptar sus esfuerzos a otras razones de más valor, jamás podrá llegar a ser un hombre libre y un hombre que trabaje por la libertad y el bienestar de los demás. El hombre no vive aislado y las normas morales de exclusiva aplicación individual tienen pequeña importancia; la vida de relación necesita de otro principio menos arbitrario. Si se adopta la arbitrariedad por norma, la libertad no puede existir, cuando no sabemos en qué forma responderán los hombres, desconfiamos. Y si los hombres responden mal, cosa posible adoptando la máxima en cuestión, nos armamos y defendemos, construimos leyes para castigarlos. El principio moral de más amplia libertad efectiva, es el siguiente, proclamado hace muchos siglos y propagado por el apóstol Tolstoy; *haz a los demás lo que quieras se haga contigo*. Este principio no es tan arbitrario como el otro, pero, en cambio, produce y hace posible la verdadera libertad; lleva en sí la certidumbre y adaptando a él todos los esfuerzos podemos confiar absolutamente en los actos humanos. El egoísmo es la razón dinámica de toda conducta; ahora bien, la orientación del egoísmo debe seguir el camino indicado por las razones de conveniencia individual y social. El egoísmo arbitrario y sin norma fija, determina todas las esclavitudes, hace a los hombres enemigos unos de otros; el egoísmo subordinado, mejor dicho, orientado por la vía que traza la máxima *haz a los demás lo que quieras se haga contigo* pone al hombre en posesión de una seguridad que le permite ser libre.

Hemos dicho que el hombre debe ser considerado en su vida de relación y no aislado, en su yo absoluto; en este último sentido no tiene importancia. La moral es un producto social y como social tiene valor únicamente. *Robinson* en su isla puede hacer lo que quiera y como quiera; entre hombres, podrá sí, hacer lo que quiera, pero es seguro que no siempre le tendrá cuenta obrar de modo arbitrario.

Nuestra conducta debe estar subordinada al principio adoptado por Tolstoy; pero, lo que debemos hacer en ese sentido está determinado por nuestra capacidad de hacer. El deber de hacer es la capacidad de hacer. Ahora bien; adoptando la máxima *haz lo que quieras y como quieras*, el deber determinado por la capacidad de hacer, tendría un horizonte muy limitado, esa capacidad sería en el hombre una aptitud inmutable. El hombre de poca capacidad al hacer lo que quiera, no sentirá la necesidad de mejorar su obra, de acrecentar las potencias de su espíritu en la acción. En cambio, adoptando la otra máxima, la capacidad de hacer, sufre los contactos del esfuerzo, se modifica en la conciencia, para alcanzar cada vez mejor el objetivo moral *hacer a los demás*, etc., etc. *El hombre no está hecho, se hace continuamente*, dice Fouillée; la capacidad de hacer evoluciona superándose y agigantándose cuando los esfuerzos humanos persiguen un objeto definido.

No existe una moral del deber fundada en revelaciones divinas o en verdades metafísicas; la moral es un producto social que evoluciona con las sociedades, y el deber es una simple noción humana que determina las experiencias útiles a la conservación de la vida. Las transgresiones morales, consideradas desde un punto de vista científico, no pueden ser castigadas, ni siquiera criticadas; solamente se justifican, se constatan. Es evidente que este criterio no sirve para ser aplicado en la vida ordinaria de los hombres; la sociedad se haría muy difícil.

El deber moral es una fórmula social que abarca un conjunto de experiencias útiles al desarrollo de la vida; y todo lo que impida el juego de esas experiencias debe desaparecer, aunque científicamente no exista motivo de condenación. Hacer a los demás lo que se desea se haga con uno, es una experiencia útil para todos los tiempos; de esa experiencia nace una moral del deber que no tiene nada de divina, pero sí mucho de humana.

Aún dentro de los límites que abraza esa experiencia, no es deseable la arbitrariedad; por ejemplo, hacer a los demás el bien en la forma que uno quiera, no es siempre hacer el bien en la forma mejor. La arbitrariedad es una buena razón para los ignorantes. No se debe hacer lo que se quiera, sino lo mejor, lo que más perfectamente se adapta al fin perseguido. Imponiendo esta obligación al esfuerzo, es evidente que la capacidad de hacer se perfecciona, abarca

más horizonte, cumple de modo superior con la vida, favorece la vida.

La moral anarquista, a nuestro juicio, debe tener por fin la máxima evangélica; y por medios, no los que uno quiera, sino aquellos mejores, las experiencias más útiles, en fin, los medios superiores.

Algunos dirán que esta moral es utilitaria, impositiva y, etc., etc. Acerca del utilitarismo, copiaré una página del hermoso libro de Stuart Mill: «Solo de pasada se debe señalar la tontería cometida por los ignorantes que suponen que la utilidad es la piedra de toque del bien y del mal; su tontería procede de que toman la palabra utilidad en su sentido estrecho y familiar, como lo opuesto al placer. Se debe pedir perdón a los filósofos adversarios del utilitarismo por confundirles un momento, aún en apariencia, con gentes capaces de un error tan absurdo. Este sentido pervertido de la palabra utilitarismo es, desdichadamente, el único popular, el único que conocen las nuevas generaciones. La creencia que acepta como fundamento de la moral, la utilidad o el principio del bienestar mayor, tiene por cierto que las acciones son buenas en proporción del bienestar que reportan, y malas si tienden a producir lo contrario del bienestar. Por bienestar se entiende placer o ausencia de sufrimiento; por desdicha, sufrimiento o ausencia de bienestar.» (Stuart Mill, «El Utilitarismo», pág. 15, 16 y 17).

Volvemos a repetir que la moral exclusivamente individual, no tiene importancia; el hombre debe ser juzgado en su vida de relación y en esta vida de relación es donde la moral, o los actos humanos, deben preocuparnos. La moral anarquista es una moral de amplia libertad; por esto mismo debe rechazar la arbitrariedad de la fórmula o máxima *haz lo que quieras y como quieras*. La arbitrariedad o la ignorancia no producen ni hacen posible la libertad; engendran la tiranía y la esclavitud, siembran desconfianza, incertidumbre; hace a los hombres enemigos unos de otros. Esa máxima sería excelente si todos los hombres fueran seres perfectos, incapaces del mal. Los hombres son, en cambio, animales muy feroces y egoístas, y es necesario que adapten su conducta a una máxima de respeto, a una máxima de deber social, para que la vida sea posible. El deber nace de la propia conveniencia o de la conveniencia de todos...

Buenos Aires. RICARD